

LA EXPERIENCIA DE MARTI *

Por el Dr. Ramón INFUESTA.

José Martí nació en casa humilde de padres modestos. Del valenciano Mariano Martí, sargento de artillería; y de Leonor Pérez, llegada de Islas Canarias. Del padre honrado, virtuoso de las virtudes castrenses, policía y comerciante a ratos, íntegro a través de los azares de una vida llena de penalidades, heredó la inflexible probidad que fué impulso y oriente de su vida; de la madre sencilla y dulce, tuvo la abnegación y la sensibilidad. Y de ambos, en lo corpóreo, lo mejor de cada uno: de don Mariano, enfermo y herido de injusticias, el áspero sentido del deber, que fuerza el ánimo sobre la flaqueza de la carne y disimula tras el tra-

* El Dr. Don Ramón Infiesta es Doctor en Derecho Civil y en Derecho Público de la Universidad de La Habana; Profesor titular por oposición de Derecho Constitucional y de Historia de las Doctrinas Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, de la misma Universidad; Presidente de la Comisión Permanente de Derecho Constitucional del Colegio de Abogados de La Habana, Presidente de la Comisión de Derecho Político del Colegio Nacional de Cuba de Doctores en Ciencias Sociales y Derecho Público; Presidente de la Asociación Cubana de Ciencias Políticas; Asesor de la Asociación Universitaria José Martí; Académico de la de Historia de Cuba; Profesor de Ideas Políticas Contemporáneas en el Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales de Cuba; entre las quince obras que ha publicado destacamos las siguientes: "La Verdad sobre la carta de De Dupuy de Lone" (1937); "La Crisis del Poder en Cuba" (1937); "Máximo Gómez" (1937); "El autonomismo cubano: su razón y manera" (1939); "Historia Constitucional de Cuba" (1942-1951); "Derecho Constitucional" (1950-1954); "Martí constitucionalista" (1951); "Rafael Fernández de Castro" (1952); "Historia de la Enmienda Platt" (1956). Invitado por la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, como Profesor Extraordinario de la misma, para desarrollar un cursillo sobre el tema "El Pensamiento Político de José Martí", en cinco conferencias publicamos ahora la primera y en próximas ediciones de esta Revista las restantes.

bajo gigante la humanidad poca y débil; de doña Leonor, “talle de avispa, bucles negrísimos y una gracia un poco chinesca en el alto pómulo y en los ojos algo prendidos hacia la sien”, el agradable físico que tantas simpatías le atraería: cuerpo proporcionado, cabello y bigote de ébano que una vida agónica y la muerte tocaron sin encanecer, almendrados ojos y mejillas salientes.

En su infancia humildísima, José Martí acreditó cuanto el medio, trascendente en la determinación política, es ajeno a la formación intelectual. Pero, ni los suyos, ni él mismo, hubieran podido relevarlo de su misión de siglos. Y si los tíos y tías lo rehuían porque no sabían cómo responder a su inagotable pregunteo, era ciertamente ignorando el hechizo que para el niño cerraba la sabiduría de la vida. “¡Qué luz la que emerge de un rostro añoso! Los viejos, cualquiera que sea su indumentaria, son como el mejor ornamento de la sociedad. La voz de los ancianos tiene algo de otros mundos: tiene algo de paz no humana, algo de revelación y profecía” —dirá más adelante—. Y concluirá pensativamente: “Indudablemente, las cualidades esenciales del carácter, lo original y enérgico de cada ser, se deja traslucir desde la más tierna edad, ya sea en un gesto, en un acto o en una idea”. Así será él mismo; y, por eso, jamás la experiencia lo golpeará sin enseñarlo.

A los doce años, Pepe ingresa en el colegio de don Rafael María de Mendive, uno de los más acreditados de La Habana, por obra de la generosidad del amigo paterno, Arazoza. Coincidió el romper de su adolescencia con el estallido de la Guerra de los Diez Años, en el Diez de Octubre de 1868, primero de los movimientos armados con que Cuba buscaría, a lo largo de un cuarto de siglo heroico, su libertad. El ambiente de sollicitación cubana que reinaba en el plantel, y que había necesariamente de desembocar en querencia patriótica, fué el primer contacto del joven Martí con la realidad política de su patria.

A José Martí tocó contemplar ese experimento desde lo que pudiéramos llamar, idealmente, afuera y adentro. En el colegio de Mendive tuvo manera de captar cuanto de espiritual y avasalladoramente tiránico tiene el sentimiento de solidaridad social ante las motivaciones políticas. Fueron aquéllos los días exaltados y felices en que hizo sus pininos de escritor en *El Diablo Cojuelo*, semanario satírico estudiantil, y en su propio periodiquito, *La Patria Libre*, del que sólo vió la luz el primer número, el 22 de enero de 1879; y escribió, con Fermín Valdés Domínguez, su compañero de aulas y de siempre, aquella romántica carta a Carlos de Castro, el condiscípulo que había decidido ingresar en el

ejército español. “Compañero”: ¿Aspiras a la gloria de los apóstatas? ¿Sabes cómo se castigaba en la antigüedad a los apóstatas?

Su aprendizaje cívico fué breve y riguroso, pues su vida sería corta y no había tiempo que perder. Interceptada la carta en cuestión y conducidos ambos amigos ante un tribunal militar, Martí denunció la injusticia metropolitana con frase inflamada. Pese a su juventud —dieciséis años— y lo leve de la falta fué condenado a seis años de trabajos forzados. Pelado al rape, se le marcó con el número 113 y se le remachó una cadena de cuatro eslabones a la cintura y un grillete al tobillo. Partiendo piedras en una cantera, bajo un sol inclemente, su frágil salud se resintió para siempre; y toda su vida lo atormentó una llaga que el hierro le ahondó al pie. Pero, él se limitó a dejar constancia de que entonces aprendió cómo era capaz de sufrir, calidad ésta la más alta en un redentor. “La humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento. Cuando unos lo esquivan, es preciso que otros lo acumulen para que así se salven todos”.

Indultado merced a las desesperadas gestiones de su padre, Martí debió partir desterrado para España. Allí, como único comentario a su horrible experiencia de la crueldad humana, escribió en Madrid un folleto conmovedor, *El presidio político en Cuba*, donde absuelve con magnanimidad impresionante en aquel joven de diecinueve años: “Dejadme que os compadezca en nombre de mi Dios. Ni os odiaré, ni os maldeciré. Si yo odiara a alguien, me odiaría por ello a mí mismo. Si mi Dios maldijera, yo negaría por ello a mi Dios”.

Esa es la experiencia desde adentro a que me referí más arriba. Pero, en España, Martí adquiere, en lo de afuera, nueva experiencia. Si en la una supo de la intolerancia de los españoles de Cuba, en la otra se convenció de la irremediable impotencia de los españoles de España para dar a Cuba su libertad. Un acontecimiento providencial así se lo puso de manifiesto. Amadeo I, el monarca italiano importado por Prim para mantener la realeza en España sin el rey Borbón, se había derrumbado, y una simple votación en las Cortes había instaurado, en 1873, la república. Como todos los liberales, Martí creyó que la república reconocería los legítimos derechos de Cuba y los cubanos, y publicó, en su denuncia y su demanda, un nuevo y apasionado folleto: *La revolución cubana ante la república española*. Su voz se perdió en la indiferencia de los flamantes amos de Cuba y toda esperanza lo abandonó cuando escuchó decir a Castelar, el gran liberal, presidente de la república: “Primero soy español, después republicano”.

Engañando su decepción, Martí decide concluir su carrera de abogado y se traslada a Zaragoza. Allí estudia simultáneamente Derecho y Filosofía y Letras, porque si la primera carrera es la que se le antoja instrumento apto para quien se promete consagrar su vida a la demanda de justicia, su íntima vocación de contemplador y creador de belleza le empujaba a la segunda.

Obtuvo ambos doctorados en tres años de trabajo más intenso que metódico, y a fines de 1874 se dispuso a abandonar a España por México, donde lo reclamaba su padre, refugiado allí con toda su familia, por disgustos de la segunda patria que se tornara imposible, siendo la primera, para su hijo. De su más alta experiencia escolar, la universitaria, Martí obtiene tres nuevas referencias de la vida que lo circunda y lo desazona.

La una, le hace apenas entrever un mundo ideal, terrible quimera que mañana lo arrastrará a su perdición sentimental. Conoce el amor puro. Un día, trocando escepticismo por pobreza, solicita en el teatro de Zaragoza el palco número trece, que nadie se arriesga a ocupar. Y desde allí divisa a una joven sonrosada, rubia, de ojos azules, que se turba al saberse observada. Es Blanca de Montalvo. La vio y la amó. ¿Hasta cuándo? Como fantasía de estudiantina, la bella aragonesa, un poco borrosa siempre en la evocación martiana, se difumina amablemente en los agobios que culminan la tesis, el grado y el diploma.

La otra, es el amor de aventura, que deja el sabor remordido de las vidas cruzadas. En Southampton, donde se dispone a embarcarse para México, el joven de veinte años, que acaba de recibir *Mes fils* de las manos de Víctor Hugo y ha visitado, en París, la tumba de Abelardo y Eloisa, vive, con una mujer para siempre desconocida, "una media hora luminosa".

La última experiencia es mejor una confirmación que lo entristece, por lo que tiene de doloroso presagio para Cuba, y lo tranquiliza, por lo que tiene de prueba de su convicción política, en la cuestión de Cuba. En septiembre de 1874 se derrumbaba, en España, la república con la misma pasiva aquiescencia popular que se instauró. Esta vez fueron las bayonetas del general Pavía las que echaron la república, como la anterior fueron los votos de las Cortes los que desplazaron la monarquía. Mas, para Martí, de todo ello emanaba una fundamental manera política: indiferente a su propia forma de gobierno y a la libre determinación de su voluntad expresada, el pueblo español jamás impondría una solución de la opresión de Cuba a los intereses creados que la esquilaban y oprobaban.

En 1875, Martí se reúne a su familia en la Ciudad de México. Vive pobremente, de lo que cosen las mujeres para afuera. Y ha muerto Ana, la hermana predilecta, con la que trocaba versos. Dicen que ha muerto del corazón, pero a Martí le dice una voz íntima que ha muerto de nostalgia por el amado ausente, el pintor Manuel Ocaranza. Martí aprende así, que también se muere de amor; y Ocaranza será, para siempre, su hermano.

Trabaja. Pero como no le atrae el foro, ensaya el periodismo. Manuel Mercado lo lanza y unos sentidos versos a Ana le abren las puertas de *La Revista Universal*. Allí intima con el trío de figuras cimeras de la poesía mexicana: Justo Sierra, el épico; Juan de Dios Peza, el mundano; Manuel Flores, el romántico. Pero, su momento literario no ha sonado aún, y en *La Revista* hace las crónicas parlamentarias.

En esta etapa de su vida, su alma, que avanza anhelante hacia la perfección, sabe de cosas nuevas y permanentes. Escribe sus primeras crónicas, los *Boletines*, que firma *Orestes*, y que son sus tanteos iniciales en el difícil género en el que luego sería el más brillante prosista de habla española. Y toma parte en un debate en el Liceo Hidalgo, que arroja más luz sobre la espiritualidad de sus móviles humanos de conducta que todas sus declamaciones contra las oscuras fuerzas de la opresión y la maldad. “La tierra está llena de espíritus”, dijo; y afirmó la confusión de su ser con la creación toda —clave de su supremo desistimiento— en un credo amoroso: “El alma humana, el viajar por toda naturaleza, se halla a sí misma en toda ella.”

Ama a Rosario de la Peña. “De ojos negros y abismales que fascinan dentro de la corola oscura de profundas ojeras”, Rosario es disputada por los hombres de más espíritu de su sociedad, y Manuel Acuña, el exquisito poeta, acaba de suicidarse por ella, tras enviarle su doloroso *Nocturno*. Martí asiste a su tertulia literaria, pasea con ella, le consagra versos inflamados y ante la resistencia de la amada, que no le ama, llega a pensar en el matrimonio, y le escribe: “Rosario, me parece que voy a hallar un alma pudorosa, entusiasta, real, con todas las ternuras de mujer, y toda la alteza de mujer mía. Mía, Rosario. Mujer mía es más que mujer común.” La hermosa le resiste siempre; y Martí acaba por comprender que está enamorado de la belleza, no de la bella Rosario. Entonces, escribe:

Yo iría, si —yo iría
a ese cuerpo gentil, pero quién sabe
si he de encontrar en él un alma fría?
¡Que ese fácil amor otro se lleve!
Amor a un cuerpo es sepultarse en nieve.

Así supo Martí que el fuego de la carne se apaga y que el amor no es eso; y jamás olvidó la lección.

En México estalla la pasión política. Es el año 1877. Ha muerto Juárez y se disputan su herencia Lerdo de Tejada, el presidente civilista, y Porfirio Díaz, el héroe de la guerra contra los franceses de Maximiliano, el emperador sacrificado. En la controversia política, que lentamente se va envenenando, Martí se encuentra envuelto a su pesar. Dirigida *La Revista Universal* por Lerdo de Tejada su literatura es inevitablemente gubernamental. Y ello provoca a Martí contrariedades. Es combatido y se le tilda de extranjero.

En medio de sus angustias, la experiencia toca, una vez más, a su corazón. Una noche, en el teatro, donde se representa un apropósito suyo: *Amor con amor se paga*, conoce a una mujer, que “tiene el color blanco anacarado, los labios de un punzó natural, con la suavidad del terciopelo, el cabello color castaño dorado, como lo pintaba el Ticiano, muy apreciado y poco común”. Es Carmen Zayas Bazán, cubana de familia aristocrática, que admira al poeta. Martí se incendia en amor por ella. En su homenaje renuncia a la tierna amistad de Concha Padilla, la gentil actriz; hace oídos sordos a la pintora Josefina Mata, que “lo encuentra arrogante, de hermosos y expresivos ojos y de subyugadora elocuencia”; desaira a Edelmira Borrel, que visita una y otra vez su casa “atraída por el gesto de trovador con que el joven le besaba siempre la mano al llegar”. Cuando Carmen, celosa, le sustrae un paquete de cartas femeninas, él le promete matrimonio. Ignora todavía que su destino es extraño al amor de mujer, y que no le será permitido trocar el servicio de la humanidad por la satisfacción de una sola criatura. Y queriendo, en busca de la felicidad, forzar su propio destino, arruinará el destino del ser amado y sólo hallará más dolor.

Mientras lo aprende, su hermosa experiencia mexicana se agota. La guerra civil se agrava y el general Porfirio Díaz concluye por hacerse dueño del poder. Con la caída de los suyos, José Martí debe abandonar el país. Y con un pasaporte a nombre de Julián Pérez —su segundo nombre y su segundo apellido—, pues “no quiere ser más que lo necesariamente hipócrita”, parte para Cuba, en los estertores de la guerra de los Diez Años. Es sólo una estación, pues aquí no puede permanecer, y un mes después regresa a México, con destino a Guatemala, donde piensa labrarse el acomodo que le traiga a Carmen Zayas Bazán.

En Guatemala, Martí ensaya, una vez más, conquistar la vida cotidiana. Y la vida se le niega, porque él ha de ser su forjador, y no su intérprete. Allí encuentra un gobernante paternal y autoritario, Justo

Rufino Barrios, soldado despótico que ama la escuela y las artes liberales, y acoge con los brazos abiertos a los maestros y a los pensadores extranjeros. Martí despierta la simpatía de este presidente de fusta a la muñeca. Y el cubano José María Izaguirre, que dirige la Escuela Normal, le nombra profesor de Historia. Luego, enseña Literatura Extranjera en la Universidad, escribe su Revista, hace un drama oficial sobre la independencia de Guatemala, discurre en veladas y periódicos. Trabaja intensamente y confía labrarse su futuro.

Entonces conoce a María García Granados, “alta, airosa, con la risa de los veinte años en la fresa de los labios, los cabellos negros y la mirada lánguida”. El amor brota como un surtidor. Ella toca el piano y canta con su linda voz para el poeta; Martí estrecha más el fatal lazo con versos que su pasión hurta a su voluntad. Duda. María es amor y sentimiento y trasciende en un futuro libre; Carmen es amor y deber y significa nueva atadura con su Cuba. Huye a México, en la Navidad de 1877, y regresa un mes después a Guatemala, casado con Carmen Zayas Bazán. Ha escogido el deber; y ahora aprenderá que el premio del deber está en “el placer de su sacrificio”, y nada más.

María García Granados, que llora sin cesar, muere de amor; y su dolorosa tragedia es el pretexto que el destino esgrime para empujar nuevamente a Martí hacia su ruta. La sociedad de Guatemala se aparta de él, resentida. Cuando intenta reconquistarla, como sólo puede hacerlo, siendo útil, nuevo aleccionamiento le golpea. Anuncia la *Revista Guatemalteca*, en la cual divulgará cultura, ciencia y descubrimiento de Europa y los Estados Unidos. Y la justifica diciendo verdades indudables, pero cuya sinceridad hiere. Intereses económicos privilegiados y políticos reaccionarios se coligan contra él, y Martí concluye por abandonar el país y regresar, otra vez pobre y sin rumbo, a Cuba. Ha aprendido también que la suficiencia y la altivez duelen y ahuyentan, aunque su intención sea servicio y desinterés.

En el verano de 1878, ya Martí y su esposa están en Cuba. La Guerra de los Diez Años acaba de extinguirse en el cansancio de dos lustros de heroísmo impotente; y una paz convencional reina en la Isla devastada. En noviembre nace su hijo. Martí, pensando todavía como padre de un hijo de la carne, quiere trabajar para él. Pero, el gobierno no lo autoriza para ejercer la abogacía, aunque sí, como licenciado en Filosofía y Letras, para enseñar. Y vuelve a brillar con su palabra y con su pluma. Diserta en el Liceo de Guanabacoa, la más ilustre cátedra de Cuba colonial; debate con Enrique José Varona y

con Montoro; agita la idea de la patria en banquetes y brindis políticos. "Es un águila naciente de nuestra tribuna", dicen los liberales.

Martí no se conforma con ser el verbo de una aspiración de patria cubana, sino aspira a ser el intérprete de su ejecución. En la política de la Isla pugnan los integristas españoles, que quieren a Cuba, sin libertad, para España, y los autonomistas cubanos, que quieren a Cuba, con libertad, dentro de España. Martí no comprende ni a unos, ni a otros, y cae del lado de los que desean la independencia plena para Cuba. Conspira. Naturalmente, fracasa. Es pronto todavía. Y en septiembre de 1879, es desterrado otra vez a España. Meditando en el largo viaje, sobre el mar, un nuevo conocimiento viene a pulir una faceta nueva de su carácter: ninguna idea, ni la más justa y alta, tiene realidad más que cuando ha sonado la hora. Un compatriota que en el mismo buque viajaba, al llamarle *Jesús inútil*, le enseñó que mientras no llega el momento del Gran Sacrificio todos los sacrificios parecen inútiles. Y Martí fue oportunista y estoico.

Martí permanece pocas semanas en España. Le bastan para dar a su convencimiento político del irremediable distanciamiento entre Cuba y España una razón doctrinal. Ha visitado a Cristino Martos, el famoso jefe liberal, que escucha impresionado su alegato de libertad para Cuba; y, más aún, que repite sus quejas ante las Cortes atónitas. Pero, le ha oído también decir: "Oh, sí, tiene usted razón; o ustedes o nosotros." ¿Para qué más? Por boca de este demócrata había hablado toda España, y planteado su dilema.

Ya puede marcharse. Visita en París a Flammarión, que le habla de nuevas vidas; contempla otra vez a Víctor Hugo, en casa de Sarah Bernhardt; y, tras la última mirada a la tumba de Abelardo y Eloísa, abandona para siempre Europa, rumbo a los Estados Unidos, tierra de libertad que le permitirá hacer libre a su tierra.

En Nueva York, Martí continúa su obra. Cree en su justicia y que con ello basta. La conspiración que lo desterró de La Habana está rindiendo sus frutos; y Martí, pobre y solo, le consagra toda su devota actividad. Pero sigue aún siendo pronto. La segunda guerra separatista, llamada la Guerra Chiquita por su escasa duración, fracasa al romper. El país no se ha movido; y Martí, cuya esposa Carmen acaba de llegar con su hijo, sufre en silencio la congoja del desencanto político y el dolor del reproche conyugal, que ponen en conflicto dos amores, dos deberes.

Se refugia en la ternura del hijo. Y la prefiere al amor de mujer:

Y yo doy los redondos
brazos fragantes,

por dos brazos menudos
que halarne saben.
Y a mi pálido cuello
recios colgarse,
y de místicos lirios
collar labrarme.
¡Lejos de mí por siempre
brazos fragantes!

Luego, cuando la madre y el hijo regresan a La Habana, Martí sabe ya que debe esperar; y esperar solo.

Ningún hombre es digno de su destino sino cuando su destino es digno de él. Y el aprendizaje de los redentores del pueblo es agonía renovada, porque deben sufrir todas las injusticias que denuncian y ninguna experiencia les es dispensada. En la primavera de 1881, Martí parte para Venezuela. ¿Por qué? El mismo no lo sabe. Pero el genio de la Historia lo empuja solamente para que conozca de cerca el dilema de su América; un gran tirano. Antonio Guzmán Blanco; un gran ciudadano: Cecilio Acosta.

Trató al ciudadano, supo de su enseñanza y lo amó. Y como si sólo hubiese estado aguardándolo, Cecilio Acosta rindió su jornada. Martí trazó sobre su tumba una de las más bellas semblanzas que se hayan escrito en lengua castellana. Luego, compareció ante el tirano que le pidió cuentas de una reverencia que era un desaire. Martí salió de la presencia de Guzmán Blanco hacia el retorno norteamericano. Y con las primeras nieblas del otoño estaba en Nueva York.

Entonces, comienza la inmensa labor de adoctrinamiento que hace de Martí un aleccionador continental. Hasta ahora ha sido un pensador; ahora comienza a ser maestro. Como repúblico, como periodista y como poeta teoriza, informa y conmueve las conciencias. Aparecen sus *Versos libres* y toda la juventud literaria de América se detiene absorta ante esa nueva poesía, ante esos “endecasílabos hirsutos —como dice el propio Martí— nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor a la libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes”. Y entre los *Versos libres*, publicados en 1882, y los *Versos sencillos*, que ven la luz en 1891, la poesía torturada e inquietante de *Flores del destierro*, en que Martí clama su tormento:

Cual incensario roto huye el perfume,
Así de mi dolor se escapa el verso:

Me nutro del dolor que me consume;
De donde vine, ahí voy: al Universo.

Sus crónicas periodísticas abarcan todos los géneros, tratan todos los temas: la vida política en España, Francia e Italia, las costumbres norteamericanas, las semblanzas de estadistas, escritores y artistas universales, los hechos característicos de la contemporánea civilización, precipitada y fugaz: descubrimientos, inventos, novedades. Se publican en México, en Venezuela, en Colombia, en la Argentina. Los problemas de la América blanca y las inquietudes de la América india son planteados y remueven conciencias en remotos lugares del Continente. “Nuestra América”, como él llamó a la América Latina, es sacudida como árbol feraz y sus flores fragantes y sus frutos succulentos y sus plagas agotadoras ruedan al conocimiento y a la preocupación de todos los americanos.

Su labor cívica, que tiene mucho de misionera, es suave tal arroyuelo y, como él, desemboca en río. Cada Diez de Octubre, aniversario del alzamiento de Céspedes en 1868 por la libertad de Cuba, Martí es llamado a pronunciar, en algún hall de la ciudad de Nueva York, el discurso conmemorativo. Y como permanece incommovible en su fe libertaria, erguido sólo en la esperanza de la independencia cubana, se va convirtiendo lentamente en el símbolo de la patria cubana. Poco a poco, todos los que aman a Cuba con amor de libertad se van agrupando en su torno y la emigración le presiente por guía. Pronto sería su jefe; pero, todavía espera, porque su intuición de pueblo es ya en su ánimo axioma de dos caras; no hay libertad sin pueblo que la demande; no hay criatura humana capaz de liberar a un pueblo, si ese pueblo no cree que de su mano vendrá su libertad.

El momento llega. Es el 11 de noviembre de 1887. Martí convoca en Nueva York a un grupo pequeño de patriotas cubanos. Se aprueban unas bases, de las cuales la primera anuncia: “Acreditar ante el país, disipando temores y procedimientos en virtud de un fin democrático conocido, la solución revolucionaria.” Portando de meta, de sostén y de crítico al pueblo, Martí se siente invencible. Desde aquel día nebuloso de invierno, en una tierra pacífica y extraña, en que veinte personas decidieron la obra, hasta el día luminoso de mayo, en que sobre la tierra propia y en guerra, cayó “cara al sol”, Martí ascendió guijarro a guijarro el doloroso Gólgota de los redentores. Pues su redención es una obra en que ha de comenzar por obtener que haya redimidos e implorar que se le permita redimirlos a trueque de su perdición. Jamás empresa alguna de liberación transitó más dolorosas encrucijadas de la

flaqueza humana. “Las estrellas no están más altas que la ambición y locura de los hombres” — dijo, en su viacrucis. Se entrega de lleno a la tarea de convencer voluntades de hombres, que es más recia labor que conquistarlas. Desarma a los viejos soldados de la Guerra de los Diez Años, desconfiados de los civiles que la perdieron queriendo mandarla, cuando atrae a su lado a Máximo Gómez, el glorioso general. Y a Máximo Gómez lo persuade con la convicción de que la voluntad del pueblo, y no propias decisiones, ha hecho de su espada el instrumento de su liberación. A los recelosos emigrados del Sur de los Estados Unidos, que tenían dinero para comprar balas, no para pagar discursos, les arranca, con sus discursos, las balas y el dinero. Y avanza lenta e inexorablemente, como el destino, hacia el porvenir.

Martí es ya un adalid americano. Escribe en *La Nación* de Buenos Aires, en *El Partido Liberal* de México, en *La Opinión Pública* de Montevideo, en *La República de Honduras*, en *El Economista Americano* de Nueva York. Sus traducciones de Ramona, de Helen Hunt Jackson y Lala Roock, de Moore, difunden la novelística norteamericana en Latinoamérica. Mitre, Sarmiento, Sáenz Peña lo admiran. Maestro del idioma español continentalmente respetado, su alta poesía culmina en *Versos sencillos*, aparecidos en 1891. Y leyéndolos, fascinado, Ruben Darío lo compara con Victor Hugo.

La Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington en 1890, enmarca en escenario grandilocuente la angustiosa preocupación americana de Martí. Su luminoso informe respecto de la cuestión del bimetalismo en la Conferencia Monetaria de Washington de 1891, concita sobre su lección de estadismo el interés de la cancillería. Ha sido nombrado presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, donde su discurso en homenaje de Simón Bolívar es uno de los más brillantes jamás dicho en lengua española. Y los consulados de la Argentina, de Uruguay y de Paraguay llegan al gran americano con prendas lejanas de la conciencia de destino de “Nuestra América”.

Significativamente, en lo alto de su prestigio y su autoridad, su vocación apostólica se vuelca hacia los desvalidos. Funda la Liga protectora del negro, que instruirá y salvará al liberto, redimido de la esclavitud legal, pero no de la ignorancia. Y Martí, que debe atención a su mujer y a su hijo, vueltos a su lado al calor de su nueva posición, que trabaja noche y día, y escribe en los carruajes y sobre la barandilla del vapor de Brooklyn, y anota mientras come, y lee en la quieta madrugada, y da clases de español hasta las nueve de la noche, y recibe a docenas de patriotas cubanos, y clientes de los consulados, y escritores

y artistas, y curiosos del mundo, ávidos de verlo y oírlo, tiene aún alien-
tos, a las diez de la noche de cada día, para enseñar las primeras letras
a aquellos infelices, que se estrechan en su torno y le aprietan las manos.

Para hacer perfecta su perfección, se vuelve a la infancia. Como
todos los redentores, siente inmenso amor —que es piedad y es espe-
ranza— por los niños. Ha dicho: “quien quiere pueblos, que haga
hombres”; y piensa que sin niños no habrá hombres. Y funda *La edad
de oro*, exquisita revista dedicada a los muchachos, que arranca al deli-
cado poeta mexicano Gutiérrez Nájera este juicio, lindo y justo: “Martí,
para escribir *La edad de oro*, ha dejado de ser ríto y se ha hecho lago,
terso, transparente, límpido... se ha hecho niño... un niño que sabe
lo que saben los sabios, pero que habla como los niños.”

Martí, hombre hecho maestro de hombres, será el apóstol de los
destinos de un pueblo, cuando su corazón sufra la prueba postrera: la
soledad. Todos los salvadores están solos en el momento de la consu-
mación, solos en medio de los hombres que salvan. Y así Martí.

Su esposa Carmen lo abandona, furtivamente, con una licencia del
cónsul español, y se lleva a su hijo Pepito. Unos días después canta, en
el aniversario del Diez de Octubre, la república cubana que sueña; Es-
paña protesta de que a un cónsul de naciones amigas sea lícito hablar
así. Y Martí renuncia a los consulados que le daban humilde pasar.
Luego, sirviendo delicadamente comprensibles escrúpulos de la Socie-
dad Literaria Hispanoamericana, renuncia también su presidencia.

Ha sido sólo una semana; Martí está solo. Ante su destino, con su
mensaje.

Martí se adelanta hacia el sacrificio. En Tampa lo reciben con mú-
sica, bajo la lluvia; en Cayo Hueso es saludado con dieciséis cañona-
zos. Banderas y vítores son el sendero y el rastro de su paso, porque
todo redentor tiene su Domingo de Ramos. Y su lenguaje se hace
evangélico: “Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la es-
trella y traigo la paloma, en mi corazón.”

Mientras su misión se cumple en suelo extraño, su palabra y su
brazo son invulnerables al riesgo y al quebranto, como lo es su ánimo
al desencanto y a la incertidumbre. Cuando pisa la tierra cubana en
armas todo está consumado. El lo sabe. “Para mí ya es hora” — es-
cribe a Federico Hernández Carvajal. Y se va —como en la visión de
Máximo Gómez— “a los resplandores de este gran incendio que ilumi-
na a la América toda”.